

Teología martirial de San Cipriano de Cartago

Saludos. Agradecimientos.

En estas jornadas estamos recordando a numerosos mártires principalmente de los tiempos modernos, pero también debemos recordar a los muchos que han vivido el martirio a lo largo de la historia, sobre todo en los primeros siglos del cristianismo en las tremendas persecuciones romanas. Entre ellos podíamos citar a muchos y también a los no pocos que escribieron sobre este tema alentando a los cristianos para que resistiesen ante las duras pruebas a las que serían sometidos. Se me ha pedido que hable de uno de los que desarrolló un importante papel en este campo entre los fieles del norte de África en el siglo III, San Cipriano de Cartago.

Nacido en Cartago a principios del siglo III en el seno de una rica familia pagana, después de una juventud disipada, Cipriano se convierte al cristianismo a la edad de 35 años. Más tarde—no sin envidias y resistencias—fue elegido para el oficio sacerdotal y para la dignidad episcopal. En el breve período de su episcopado afrontó las dos primeras persecuciones decretadas por un edicto imperial, la de Decio (año 250) y la de Valeriano (años 257-258).

Su figura y su autoridad fue criticada por muchos ya que al estallar la persecución de Decio huyó escondiéndose, según él asegura por inspiración divina, y desde su oculto escondite no dejó de escribir a los cristianos animándoles e incluso alentándoles a dar su vida como testimonio de su fe.

Después de la persecución especialmente cruel de Decio, San Cipriano tuvo que esforzarse denodadamente por restablecer la disciplina en la comunidad cristiana, pues muchos fieles habían renegado, o por lo menos no habían mantenido una conducta correcta ante la prueba. Eran los así llamados "*lapsi*", es decir, los "caídos", que deseaban ardientemente volver a formar parte de la comunidad. El debate sobre su readmisión llegó a dividir a los cristianos de Cartago en laxos y rigoristas. Cipriano se manifestó especialmente riguroso con los "*lapsi*".

Compuso varios tratados y numerosas cartas que afortunadamente han llegado a nuestras manos. En una buena parte de ellos habla de actitud que deben tener los cristianos ante el martirio: es lo que podemos llamar su **teología martirial**. El mismo murió a la espada dando así testimonio de lo que había predicado. Me limitaré en esta conferencia a hacer una síntesis de lo que es en San Cipriano su teología martirial.

Para nuestro Santo la persecución y la muerte dando testimonio de la fe no es una fatalidad como muchos podían pensar. Para Cipriano el martirio es el resultado glorioso de un combate, de una lucha contra un terrible contrincante en la que el mártir sale vencedor.

Ya en la literatura del Antiguo Testamento, pero sobre todo en la del Nuevo, se nos presenta al cristiano esencialmente como un luchador. Son muchos los pasajes en

los que aparece esta idea expresada a través de metáforas ascéticas y militares¹. San Pablo recurre a la imagen del pugilato, lucha cuerpo a cuerpo contra un adversario de carne y hueso². Esto supone una ascesis y un entrenamiento riguroso³ y sobre todo una resistencia inquebrantable ante las situaciones más peligrosas⁴.

Esta idea del cristiano como luchador es recogida fielmente por los escritores de los primeros siglos del cristianismo y aplicada, de una manera concreta al cristiano que lucha por defender su fe incluso con la amenaza de perder su vida. Si la vida cristiana se puede comparar a un combate, el martirio será la forma más alta de esta lucha. San Cipriano llega a decir que en la persecución, el cristiano libra el *agon sublimis et magnus* y el *certamen maximum*⁵. San Ignacio de Antioquía, Clemente de Alejandría, Orígenes y Tertuliano, ya expresaron este concepto de lucha de una manera explícita al hablar del martirio⁶.

San Cipriano toma las imágenes que había utilizado su maestro Tertuliano y las desarrolla con una extensión y profundidad mayores aún. Son imágenes sacadas de la época del cristiano como un soldado combatiente en la guerra o como un luchador en los juegos del anfiteatro o en el estadio. Ambas tienen unos elementos comunes que resalta nuestro obispo: suponen un esfuerzo contra unos contrincantes a los que hay que vencer. Con ellas, lo que quiere mostrarnos es que la vida del cristiano, y especialmente en los momentos de persecución, es un verdadero combate. Es así como San Cipriano concibe la confesión de fe y el martirio, y lo manifiesta con nombres muy diversos: *pugna*⁷, *proelium*⁸, *acies*⁹, *agon*¹⁰, *certamen*¹¹, *congressio*¹², *conluctatio*¹³, *militare*¹⁴,

¹ Cfr. CAMELOT, CH., *Ascèse et mortification dans le Nouveau Testament*, en Aa.Vv., *L'ascèse chrétienne et l'homme contemporain*, Paris 1951, pp. 13-29.

² Cfr. *Eph.* 6,12.

³ Cfr. *1 Cor.* 9,25.

⁴ Cfr. *2 Cor.* 4, 8-9.

⁵ Cfr. *Ep.* 58, VIII (CSEL. III 2, 663); *Ep.* 10, I (CSEL III 2, 490); *Ep.* 76, V (CSEL III2, 831).

⁶ Cfr. F. POURRAT, *La spiritualité chrétienne des origines de l'Eglise au moyen age*, I, (Paris 1918) pp. 82-85 ; H. GIORDANI, *Il messaggio sociale di Gesù* (Milán 1947) pp. 82-83.

⁷ *Ep.* 37, II; *Ep.* 38, I; *Ep.* 56, II; *Ep.* 57, III y V; *Ep.* 58, I; *Ep.* 60, III; *Fort. Praef.* I y IV; *Mort.* 15

⁸ *Ep.* 10, II; *Ep.* 28, I; *Ep.* 37, III; *Ep.* 38, I; *Ep.* 55, IV y XVII; *Ep.* 57, I, II, III y V; *Ep.* 58, I; *Ep.* 65, I; *Laps.* 13 y 36; *Fort. Praef.* II y V; *Mort.* 15.

⁹ *Ep.* 10, I y IV; *Ep.* 13, II; *Ep.* 19, II; *Ep.* 54, I; *Ep.* 55, IV y XIX; *Ep.* 56, II; *Ep.* 57, III y IV; *Ep.* 58, VIII; *Laps.* 8 y 36; *Mort.* 15; *Pat.* 12.

¹⁰ *Ep.* 10, IV; *Ep.* 19, II; *Ep.* 37, III; *Ep.* 38, I; *Ep.* 55, IV; *Ep.* 58, VIII; *Ep.* 60, V; *Ep.* 80, I y II; *Fort. Praef.* II.

¹¹ *Ep.* 10, I, II, III y IV; *Ep.* 28, I; *Ep.* 37, III; *Ep.* 38, I; *Ep.* 39, II; *Ep.* 55, IV; *Ep.* 57, I, II y V; *Ep.* 60, V; *Ep.* 76, V; *Laps.* 13 y 36; *Orat.* 15; *Fort. Praef.* 1; *Mort.* 26; *Pat.* 12.

¹² *Ep.* 10, IV; *Ep.* 28, I; *Ep.* 37, I; *Ep.* 38, I; *Ep.* 39, II; *Ep.* 55, XIII; *Ep.* 57, III y V; *Ep.* 58, VIII; *Laps.* 8, 13 y 14; *Unit.* 22; *Orat.* 15.

¹³ *Ep.* 39, III; *Laps.* 13; *Pat.* 4.

¹⁴ *Ep.* 10, IV; *Ep.* 57, II, III y V.

*dimicare*¹⁵, y *debellare*¹⁶. Estudiaremos a continuación algunos de los pasajes, los más significativos, para ver el sentido en el que el obispo de Cartago concibe esta lucha.

El martirio es una lucha, ¿pero, una lucha contra quién? podemos preguntarnos, a lo que Cipriano responde diciendo que se trata en primer lugar de una lucha contra el demonio.

Son muchas las referencias que aparecen en los escritos de San Cipriano en las que se nos muestra con claridad que el enemigo del cristiano en la persecución es el diablo. En el tratado *Ad Fortunatum*, escrito para exhortar a los cristianos al martirio, nos habla repetidas veces de ello. Comienza describiéndonos al demonio como astuto y experimentado. Nos dice que son muchos los años que lleva tentando y combatiendo a los hombres y en tanto tiempo ha aprendido un sinfín de artes y argucias. Ha aprendido toda clase de recursos, estrategias y ardidés para tratar así de derribar al hombre y no cejará en su intento en ningún momento, buscando cualquier descuido para seducirle. Anima, por ello, a los cristianos a no desfallecer en su lucha. Se esfuerza en hacerles ver que cualquier descuido, cualquier relajación de intensidad en la lucha, no pasará inadvertida al enemigo. El diablo tratará de seducir y engañar al cristiano, pero nada podrá si éste resiste, pues como sabemos, el Señor no abandona a los que le confiesan.

De manera análoga, en la epístola 58, escrita a los fieles de Thíbaris, les anima a prepararse para la lucha y les dice que han de tomar las armas de las defensas espirituales y celestiales, para poder resistir en los difíciles momentos ante las amenazas del diablo y así luchar más denodadamente¹⁷. En muchas ocasiones nos habla expresamente del anticristo y nos muestra la persecución como un triunfo suyo. Nos lo expresa en el prefacio del tratado *Ad Fortunatum* en el que dice que se acerca su temible venida¹⁸ y pide a los cristianos que no se turben ni se espanten por su llegada en la persecución¹⁹.

En los duros momentos de la prueba, ante el terror de los inminentes sufrimientos, con el pensamiento en las oscuras y pestilentes prisiones, de los dolores de las torturas y la posibilidad real de la muerte, el cristiano puede flaquear. Será esta una ocasión que no desperdiciará el diablo mostrándole, de una manera sutil, las ventajas del mundo y sus placeres, intentando así que apostaten. Este *mundus*, tomado en su sentido peyorativo, es un instrumento del diablo que San Cipriano nos lo muestra asociado a él en muchos de sus escritos²⁰. El fin que pretende el maligno en esta impugnación es de

¹⁵ *Ep. 10*, IV; *Ep. 13*, II; *Ep. 76*, IV.

¹⁶ *Ep. 73*, XXII.

¹⁷ Cfr. *Ep. 58*, (CSEL. III 2, 656-666).

¹⁸ Cfr. *Fort. Praef. 2* (CChr. SL III, 183).

¹⁹ Cfr. *Ep. 58*, VII, 1 (CSEL. III 2, 662).

²⁰ Este *mundus* al que refiere San Cipriano es aquella realidad exterior al hombre y por el hombre perceptible, contaminada por la corrupción e introducida por el pecado. Concepto ya muy conocido y utilizado por los escritores cristianos anteriores a nuestro

hacer volver a la idolatría, es decir, convertir a los cristianos nuevamente en sus adoradores, ya que el culto a los ídolos, es el culto al diablo²¹.

Pero el poder que el demonio ejerce sobre las criaturas no es sino un dominio autorizado por Dios. San Cipriano, consciente de esta realidad, se siente optimista ante la influencia diabólica. Sabe que el poder de Dios está muy por encima de las fuerzas del mal, y este convencimiento trata de transmitirlo a los cristianos que serán tentados. En algunos pasajes nos dice expresamente: “Viene el anticristo, pero detrás viene Cristo”²². En el comentario al salmo XXV que hace en el tratado *Ad Fortunatum*, habla de que no ha de temerse la hostilidad del diablo cuando nos declara la guerra, pues tendremos siempre la ayuda divina y esto, además, servirá para lograr la morada de Dios y la salvación eterna²³. En la epístola 6 nos recuerda el pasaje de los tres jóvenes Ananías, Azarías y Misael en el horno de fuego y los muestra como figura de perseguidos. Dice a continuación que Dios tiene poder para librarlos de las manos de sus perseguidores y que lo hará cuando Él quiera²⁴. El demonio, que también es una criatura de Dios, cumple en todo momento los planes del Creador y por ello, pese a sus maquinaciones perversas, sirve con ellas a los planes divinos, aún sin él quererlo ni intentarlo. El demonio es el autor de las persecuciones, pero lo es con un poder permitido; este poder no es absoluto. Dios está por encima y nada de lo que ocurre en la persecución está fuera de este control divino²⁵. La lucha del cristiano en la persecución es una lucha contra el demonio, pero es una lucha en la que, si es fiel a sus compromisos, tiene la victoria asegurada.

Características de la lucha

En la epístola 10, escrita en los momentos más duros de la persecución de Decio y dirigida a los confesores de Cartago, Cipriano describe los rasgos esenciales de esta lucha: un auténtico combate espiritual contra las fuerzas del demonio, a la vez que enumera las características que deben tener los soldados que en ella participan: una fortaleza invencible en la fe, una gran confianza en el auxilio divino, una aceptación del acto heroico y meritorio por parte de Dios que lo contempla como su “espectáculo”, la alegría de Cristo que lucha con y en el cristiano, la predicción profética de los martirios, el ejemplo precedente de Cristo y de los apóstoles y el estímulo que produce en los hermanos una confesión victoriosa de la fe²⁶.

obispo. San Cipriano nos habla de ello en *Fort.* 10, 11 y 13 (CChr. SL III, 198-201, 201, 214-216); *Orat.* 27 (CChr. SL III A, 107).

²¹ Cfr. *Quir.* III, 59 (CChr. SL III, 250-251); *Dem.* 15-16 (CChr. SL III A, 43-44); *Unit.* 3 (CChr. SL III, 250-251) ; *Laps.* 8,15 (CChr. SL III, 225, 228-229) ; *Ep.* 55, 59 y 65 (CSEL. III 2, 645, 676 y 723).

²² *Ep.* 58. VII (CSEL. III 2, 662).

²³ Cfr. *Fort.* 10 (CChr. SL III, 199).

²⁴ Cfr. *Ep.* 6 (CSEL. SL III 2, 695-696).

²⁵ Cfr. *Ep.* 59 II (CSEL. III 2, 667).

²⁶ Cfr. *Ep.* 10 (CSEL. SL III 2, 490-495).

Recuerda también que el cristiano, habiéndose inscrito en la milicia de Cristo, no debe rehusar a la lucha cuando ésta se presenta²⁷. Nos habla de ello en el prólogo al opúsculo sobre el martirio en el que recoge, dirigiéndose a Fortunato, un resumen de exhortaciones de las Sagradas Escrituras “para preparar y fortalecer a los hermanos y animar a los soldados de Cristo al combate espiritual que les lleve al cielo”²⁸. A continuación indica la necesidad de una preparación adecuada para vencer en este combate. Usando las imágenes del guerrero y del atleta, expresa:

“Nunca será apto para la guerra el soldado que antes no se hubiera ejercitado en las maniobras, ni el que va tras la corona de luchador en el estadio será coronado si antes no ha ensayado su habilidad y la pericia de sus facultades”²⁹.

A la vista de estos textos vemos de manera reiterada que para San Cipriano el martirio es, ante todo, un combate, pero un combate un tanto particular. No se trata de un combate del tipo de los que el mundo conoce: de una lucha física. No son fuerzas materiales que se enfrentan y se disputan la victoria, sino que al contrario es un “certamen o lucha celestial y espiritual” como San Cipriano repite en muchas ocasiones³⁰. Consiste principalmente en el choque violento del cristiano que no quiere renegar de su fe ante los perseguidores, instrumentos del demonio, que con intimidaciones y violencias quieren forzarlo a la apostasía. El confesor no debe oponer a su enemigo una resistencia física, no debe reaccionar de una manera violenta en la pelea. Debe, en cambio, luchar y vencer oponiendo una negativa absoluta a la solicitud del adversario. El cristiano es vencedor cuando mantiene esta negativa hasta la muerte si es preciso.

“Los soldados de Cristo –dice San Cipriano- no pueden ser vencidos, si bien pueden morir y por esto mismo son invictos: porque no temen morir ni contestan atacando a los que combaten, ya que no es lícito ni siquiera matar a los que matan, sino que deben dar prontamente la sangre y la vida”³¹

Deben imitar el ejemplo del sufrido Abel, que se entregó en manos de su enemigo y, humilde y con mansedumbre, sufrió pacientemente su muerte³². Del mismo modo el comportamiento de Jesucristo aparece muchas veces como ejemplo en San Cipriano, quien al ser apresado reaccionó con una entrega pacífica y sin prestar violencia a los opresores. Esta actitud del confesor no es fruto de la impotencia, pues de haber luchado

²⁷ *Ibidem.* III (CSEL III, 2, 658).

²⁸ *Fort. Praef.* 1 (CChr. SL III, 183).

²⁹ *Ibidem.* 2 (CChr. SL III, 183).

³⁰ “*Certamen spirituale*” *Ep.* 10, II (CSEL, III 2, 491); *Ep.* 28, I (CSEL, III 2, 545); *Fort. Praef.* 1 (CChr. SL III, 183) ; « *Agon spirituale* » *Ep.* 10 II (CSEL, III 2,491) ; *Ep.* 80, II (CSEL, III 2, 840) ; *Fort. Praef.* 1 (CChr. SL III, 183); « *Agon celeste* » *Ep.* 10, IV (CChr. SL III, 492).

³¹ *Ep.* 60, II (CSEL, III 2, 696).

³² *Cfr. Pat.* 10 (CChr. SL III A, 123-124); *Ep.* 58, V (CSEL, III 2, 660).

violentemente los cristianos hubieran podido combatir con eficacia y presentar un ejército numeroso, como parece querer decirnos en su tratado a Demetriano³³.

La lucha se produce en la misma voluntad del cristiano. Por un lado, la recta voluntad, que bajo la luz del dictamen de la conciencia iluminada por la fe y fortalecida por la gracia, dice ser ilícito apostatar y quiere mantenerse firme en el cumplimiento de su deber; por otro lado, las insinuaciones y amenazas de los perseguidores, que los cristianos saben que acabarán en un sinfín de penas, privaciones y tormentos, tanto físicos como morales, y que podrían evitar con tan solo ceder en su fe y abjurar. Esta era la alternativa, verdaderamente terrible, en que se debatía la voluntad del confesor, y en ella consistía la lucha que San Cipriano considera como un punto central en su martiriología y que repetidamente manifiesta en muchos de sus escritos.

Situaciones en las se da esta lucha

Este combate espiritual lo vive el cristiano siempre que defiende su fe contra un medio hostil. En el tiempo de la persecución lo vive, no solo cuando se encuentra a las puertas de los tormentos que le conducirán a la vida eterna, sino también cuando sufre padecimientos que no acabarán necesariamente con su propia vida. Así, dirigiéndose a Mappalico y a sus compañeros que han sobrevivido largos y penosos tormentos, San Cipriano le felicita reconociendo que han librado un importante combate:

“La confesión actual es tanto más gloriosa y honorífica cuando exige más fortaleza en los sufrimientos: se ha intensificado la lucha, y se ha acrecentado la gloria de los luchadores. Y no os habéis mostrado morosos en el combate por miedo a los tormentos, sino que más bien los mismos tormentos os han excitado a ella, y con ánimo generoso os habéis lanzado valerosos y sin titubeos al supremo combate de la lucha”³⁴.

La misma idea expresa cuando escribe a los confesores romanos que han defendido y que siguen en la cárcel manteniendo su fe.

“Vosotros –les dice- como jefes que van en la primera línea en la batalla de nuestros días. Habéis levantado las insignias de la milicia celestial. Vosotros sois los que habéis iniciado con vuestra bravura el combate espiritual que Dios ha querido se libere en la actualidad. Vosotros sois los que al empezar la guerra habéis quebrantado los primeros ataques con una resistencia incommovible y una firmeza de roca. De ahí los auspicios favorables de la victoria”³⁵.

³³ Cfr. *Dem.* 17 (CChr. SL III A, 44).

³⁴ *Ep.* 10, I (CSEL. III 2, 4909).

³⁵ *Ep.* 28, I (CSEL. III 2, 545).

Idéntica concepción de lucha en el tormento la encontramos en las palabras de alabanza dirigidas al confesor Aurelio que fue primeramente desterrado y después atormentado y del que San Cipriano dice que combatió dos pruebas:

“Dos veces luchó, dos veces confesó y dos veces fue glorificado, una cuando fue desterrado al vencer en la carrera, y otra cuando luchó en combate con los tormentos como soldado dispuesto y valerosísimo, combatió y venció”³⁶

Otro testimonio claro y explícito de esta idea de lucha en la confesión de su fe, lo encontramos en el tratado *De lapsis*, en el que reproduce la excusa de uno que apostató después de haber luchado y padeció los primeros tormentos: “Quise pelear con fortaleza y, acordándome de mi juramento, tomé las armas de mi fe ardiente; pero tan grandes suplicios y tan largos, acabaron por vencerme, aunque luché en el combate”³⁷. En el mismo contexto, hablando de Casto y Emilio, primero apóstatas y luego confesores, dice: “Aunque en el primer combate fueron vencidos, Dios les concedió la victoria en el segundo”³⁸.

San Cipriano considera también que el confesor mantiene un combate espiritual, no solo cuando es probado en su cuerpo, sino también cuando ha de soportar alguno de los padecimientos morales que acompañan a las persecuciones. Así los encerrados en la cárcel por causa de la persecución libran allí un verdadero combate. Refiriéndose a Celerino, que ha pasado diecinueve días encarcelado, dice:

“Este ha sido el primero en el combate de nuestros días, éste el abanderado entre los soldados de Cristo, éste el que ha luchado cuando estallaba el incendio de la persecución por el mismo jefe y autor del ataque y, venciendo al adversario por la indomable energía, ha mostrado a los demás el camino de la victoria. Es vencedor por sus heridas no de un breve momento, sino por los sufrimientos largamente soportados en la prolongada lucha en la que milagrosamente ha triunfado”³⁹.

El reconocimiento de que libran una batalla y el título de combatientes se lo da San Cipriano, de una manera más explícita todavía, a Moisés, Máximo y otros confesores de Roma que llevaban un año en la cárcel: “Cuanto más larga es vuestra pelea, tanto más sublime es vuestra corona, la lucha es única, pero constituida por un gran número de batallas”⁴⁰.

También cuando el cristiano es desterrado libra una batalla. En la carta de San Cipriano a los presbíteros, diáconos y fieles de Cartago en la que les comunica la

³⁶ *Ep. 38*, I (CSEL. III 2, 580).

³⁷ *Laps. 13* (CChr. SL III, 227).

³⁸ *Ibidem*

³⁹ *Ep. 39*, II (CSEL. III 2, 582).

⁴⁰ *Ep. 37*, III (CSEL. III, 2, 580).

promoción de lector del confesor Aurelio, les dice: “Este merece tal honor por su confesión, porque dos veces luchó... una cuando fue desterrado...”⁴¹.

Finalmente, lucha también el cristiano cuando huye para escapar de los perseguidores. En la famosa carta a los de Thíbaris, después de aconsejar a los fieles que huían por la persecución a que no se aterrorizasen en la soledad ya que Cristo les acompañaría y porque Dios habitaría siempre dentro de ellos como en un templo, añade:

“Y si durante la huida pereciere alguno a manos de ladrones en el desierto o en el monte, o le atacare una fiera, o se viere angustiado por hambre, la sed, el frío, la tempestad o la borrasca le sumergiere al huir por el mar en precipitada navegación, Cristo está mirando a su soldado donde quiera que éste luche, y cuando muere por el honor de su nombre en la persecución, le paga la recompensa que prometió otorgar en la resurrección”⁴².

Al estallar la persecución de Decio, San Cipriano se dirige a los confesores encarcelados y, cantando las glorias de los primeros mártires, dice que: “Quedaron constituidos guías de los restantes al superar los tormentos y dieron ejemplo de valor y de fe peleando en el campo de batalla hasta que la hueste enemiga murió derrotada”⁴³.

La misma idea de combate bajo la imagen de *agon* o competición en el estadio se destaca en la narración de la gloriosa confesión del mártir Mappalico que dio su vida ante las amenazas del procónsul:

“Unas palabras llenas del Espíritu Santo brotaron de labios del mártir cuando el bienaventurado Mappalico dijo al procónsul en medio de sus tormentos: ‘Mañana verás el combate’. Y el Señor cumplió esa promesa testimoniada con su valor y fe. Un combate celestial se produjo, y el siervo de Dios logró la corona en la brega del anunciado combate... Este es el combate que nos anuncia el apóstol Pablo en el que debemos competir en la carrera y esforzarnos en logra la gloria de la corona... Este *agon*, predicho por los profetas concedido por el Señor y realizado por los apóstoles, es el que Mappalico, en nombre de propio y de sus colegas, prometió al procónsul y no se engañó en la promesa la palabra fiel. Sostuvo, en efecto, la lucha anunciada y recibió la palma conquistada”⁴⁴.

El combate y su victoria consisten en haberse mantenido firmes en la fe en los tormentos mortales que les fueron infringidos con el intento de arrancarles la apostasía. Es este sentido anima San Cipriano a los restantes confesores que permanecen en la cárcel: “Si os llamare la lucha, si llegare el día de vuestro combate, servid

⁴¹ *Ep. 37*, III (CSEL. III 2, 578).

⁴² *Ep. 58*, IV (CSEL. III 2, 660).

⁴³ *Ep. 10*, I (CSEL. III 2, 490).

⁴⁴ *Ep. 10*, IV (CSEL. III 2, 492-493).

valientemente, luchas con firmeza y perseverancia”⁴⁵. Dos años más tarde, ante la persecución de Galo, repetirá la misma idea de combate en el martirio:

“Se echa encima una lucha más feroz, para la que deben disponerse los soldados de Cristo mediante una fe entera y un valor acérrimo, pensando para esto que a diario beban el cáliz y la sangre de Cristo con el fin de poder, a su vez, derramar ellos la suya por Cristo”⁴⁶.

La vida del cristiano en tiempos de persecución es, pues, un verdadero combate, pero un combate espiritual que se libra al padecer los tormentos y las penas, tanto físicas como morales. Este combate se vive de un modo más excelso al responder en él con la propia vida. Es entonces cuando se consuma esta *agon sublimis* o *certamen maximum*.

El mismo Cipriano vivió este combate y lo venció. Apresado en Cartago en el año 258, rehusó a sacrificar. El procónsul leyó su sentencia condenatoria en presencia de un gran número de fieles. Tras ello Cipriano se quitó su capa y se arrodilló para orar. Luego se despojó de su dalmática y la entregó a sus diáconos y quedándose únicamente con su túnica de lino esperó en silencio al verdugo, a quien ordenó le fueran entregadas veinticinco monedas de oro. Él mismo se vendió los ojos con la ayuda de un presbítero y un diácono y recibió el golpe mortal. Recibió así la corona del martirio de la que tanto había exaltado y sobre la que tanto había escrito.

Muchas gracias

Pedro Estaún

2 de octubre de 2021

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ *Ep. 58, I* (CSEL. III 2, 656).